

**VISIONES LITERARIAS Y LINGÜÍSTICAS DEL PAISAJE URBANO, DE
ENRIQUE BAENA PEÑA (COORD.)**

Marta García Caba

(Universidad de Cádiz)

marta.caba@uca.es



Enrique Baena Peña (coord.), *Visiones literarias y lingüísticas del paisaje urbano*. Madrid, Marcial Pons 2019, 260 págs. ISBN: 978-84-9123-715-0

Ya se nos advierte desde el prólogo, escrito por Jean-Pierre Castellani, de que la obra que aquí nos ocupa cuenta con una homogeneidad profunda, que difiere del carácter disperso normalmente atribuido a obras colectivas. En efecto, este volumen, coordinado por Enrique Baena Peña, proporciona un enfoque novedoso sobre la ciudad y el paisaje urbano como focos de estudio desde una perspectiva interdisciplinar, englobando visiones construidas desde materias tan diferentes como la lingüística, la literatura, la arquitectura, la comunicación

o el turismo. Toda investigación que tenga como punto de interés la espacialidad y la temporalidad supone la contemplación de otros niveles secundarios de estudio. En el caso concreto del paisaje urbano, salen a colación discursos de tipo cultural, caracterizaciones simbólicas y metafóricas de imágenes o comunicaciones lingüísticas que, según Baena Peña, “se atesoran en la colectividad, o en zonas o en grupos, y que conforman una infinita red, sin excluir desconciertos, donde tantos y tantos desconocidos necesitamos vivir juntos, con la inmensa casuística de lo negativo y positivo que ello comporta” (p. 16). Estos son los prismas bajo los que se construye esta obra, que se divide en diez capítulos agrupados en dos bloques bien diferenciados.

El primero se dedica a “Imaginario, espacios de ficción y ámbitos lingüísticos” (pp. 23-164) y constituye el bloque más heterogéneo desde el punto de vista metodológico, pues se analizan los aspectos derivados de la contemplación del paisaje urbano como la base de estudios realizados desde diferentes perspectivas, como la literaria, la lingüística, la arquitectónica o la turística. Así, en el primero de los capítulos Eloy Martos Núñez y Alberto Martos García nos trasladan directamente al mundo clásico con una contribución sobre el animismo y lo ecoimaginario. En ella se relacionan algunos motivos del culto a las almas y el ultramundo —como el *leit-motiv* del “Prado de Asfódelos”—con la mitología indoeuropea y el universo de las ninfas, para, finalmente, analizar el tránsito de estos motivos a la herencia literaria y cultural occidental y los problemas que acarrea la recepción y los vínculos intertextuales que pueden establecerse entre las obras del folclore y las de las literaturas clásica y moderna. El paisaje urbano también se revela como el eje principal de la construcción de la acción y del desarrollo de los personajes en algunas novelas. Es el caso del estudio presentado por Juan Antonio Perles, en el que analiza cómo la ciudad de Newark (Nueva Jersey) se constituye como un paisaje de ficción único en la producción narrativa de la *Trilogía Americana*, de Philip Roth, concluyendo que, en efecto, dicho autor se nutre en gran medida de esta ciudad para la construcción de sus personajes, sobre todo en momentos claves de su desarrollo vital.

Por su parte, Sara Robles Ávila proporciona una visión novedosa en la recepción del turismo en el paisaje urbano de las ciudades españolas que son Patrimonio de la Humanidad. De esta forma, realiza un estudio de tipo lingüístico en el que analiza la eficacia comunicativa que se deriva de la configuración lingüístico-discursiva de las páginas web dedicadas al turismo de las mismas y llega a la conclusión de que el producto patrimonial de las quince ciudades poseedoras del sello de la UNESCO ha experimentado un proceso de *resemantización* que, según la autora, “coloca en el centro de la comunicación con el interlocutor su reconocimiento de valor universal artístico, histórico y cultural, especialmente a través de las imágenes y en menor medida mediante los textos” (p. 101). El aspecto sociolingüístico del paisaje urbano también tiene su espacio en este volumen con un estudio conjunto de Juan Andrés Villena Ponsoda, Matilde Vida Castro y Álvaro Molina García en el que se discute sobre la supuesta homogeneidad del andaluz vernacular con datos sociofonéticos concretos de la ciudad de Málaga. El análisis de las dos variables constitutivas analizadas (la escisión fonemática prestigiosa de la fricativa dental /θ/ y la /s/ en posición implosiva ante oclusiva dental), verifica la heterogeneidad existente en el paisaje sociolingüístico urbano de dicha ciudad. Esta conclusión repercute no solo en la concepción actual del paisaje sociolingüístico urbano de una ciudad como Málaga, sino que también afecta a la “reconstrucción retrospectiva de su pasado” (p. 135).

Cambiando de tercio metodológico, Federico L. Silvestre plantea un ensayo en el que conjuga elementos arquitectónicos y literarios para ofrecer su visión sobre las poéticas del paseo en la cultura helvética del paisaje actual, haciendo evidentes las diferencias existentes entre la concepción de los “*immeubles-autoroutes* de Le Corbusier o la del grácil peatón de Walser” (p. 113). Concluye su análisis afirmando que, si bien para el primer autor las sensaciones que bullen al vivir en una gran ciudad hacen olvidar los paisajes tremendos y el sentimiento de humildad, para el segundo este sentimiento no necesita explicación y siempre se encuentra en disposición de abrirse al paisaje.

El segundo bloque del volumen está destinado a “La ciudad. Poética, géneros y construcciones literarias” (pp. 163-260) y se dirige como la parte

más homogénea en relación al ámbito temático desde el que se plantea, pues todos los estudios que la conforman se encuadran dentro de la materia literaria. Baena Peña abre este segundo bloque con un trabajo dedicado a la influencia de la ciudad como espacio sobre la consideración general que se otorga a la poética contemporánea como germen en la estética de la modernidad. En su capítulo, hace hincapié en dos obras que considera esenciales en la construcción de esta poética contemporánea: la *Lauscivitat* horaciana, como origen del sentido contemporáneo que se toma a partir de Bachelard; y el *Tratado de urbanismo* de Ángel González, obra clave que ha permanecido en las direcciones actuales de la lírica española, en la que elementos como la paradoja y la ironía resignifican lo urbano como un espacio en cuyos límites solo era factible encontrar el “hábitat de lo humano” (p. 166). Siguiendo la línea de la idea de las figuras retóricas como elementos direccionales en la construcción del paisaje urbano en la literatura, Francisco Estévez presenta un acercamiento en el que incide en el tratamiento de la metáfora urbana desde el periodo decimonónico—con la obra de Benito Pérez Galdós— hasta el siglo XX, momento en el que se produce la fisura de ese modelo con la aparición de las novelas de autores tan relevantes como Azorín, Unamuno, Valle Inclán o Baroja. La ciudad como espacio también ocupa un lugar importante dentro del género lírico, tal y como plantea María Isabel López Martínez en un ensayo en el que analiza el papel fundamental que realiza en una obra concreta: el libro *Carrusel* de Ioana Gruia. Dicha novela es un ejemplo claro de literatura ectópica, pues la identidad de su autora se configura a través de varias ciudades, que sitúan el conflicto que se plantea entre dos cuestiones: la alteridad cultural y la integración. De esta forma, a partir de la evocación de estas ciudades se toleran asuntos como la crítica social, la reflexión sobre la poesía o la experiencia biográfica.

Por su parte, María Isabel Morales Sánchez atiende en su contribución a los símbolos, los valores y las interpretaciones que proporciona un arte como la literatura a nuestro patrimonio cultural, que inciden, por supuesto, en la visión particular que cada uno tiene sobre la idea de ciudad. De esta forma, construye un discurso en el que toma algunas de las imágenes que se desprenden del tratamiento de este espacio como objeto literario y otras

que se derivan de las lecturas que se han realizado a lo largo de la historia, tomando como referencia, especialmente, el viaje como motivo literario. Por último, Javier Rodríguez Pequeño aporta una reflexión sobre la importancia que la ciudad tiene dentro del género policiaco desde el siglo XIX, pues puede funcionar tanto como simple escenario como un personaje más dentro de la trama narrativa. Es en la narrativa urbana donde cobra especial importancia, pues de ella se derivan una mayor variedad de representaciones, que según el propio autor, son "fruto de la evolución que experimenta de la mano del género policiaco" (p. 258) y tienen su origen por "las revoluciones industriales y sociales, por la acción e importancia de la burguesía y el proletariado, por la vigencia o destrucción de sus principios morales y la imposición de leyes" (p. 258).

En definitiva, estamos ante una obra novedosa y sugerente que nos invita a una continua reflexión sobre el paisaje urbano y la ciudad como espacio desde una multiplicidad de perspectivas; y no solo hablamos de los diferentes ámbitos de estudio que en este volumen se han dado la mano, sino también de la visión particular sobre la ciudad que cada uno de los autores ha introducido en sus escritos y de las ideas que nosotros, los lectores, extraemos de cada una de ellas. Como decía Castellani al comienzo, esta obra nos incita a "leer la ciudad" (p. 11) como si fuera una persona real, en la que, inevitablemente, se conjugan elementos literarios, lingüísticos, arquitectónicos o comunicativos, pues "la ciudad está en nosotros como nosotros en ella" (p. 15).